

Todo es verdad porque
nadie mira



TODO ES VERDAD PORQUE NADIE MIRA

ESTELA GÓMEZ



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2025

© del texto, Estela Gómez, 2025

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-10-1

DEPÓSITO LEGAL: M-6284-2025

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Claudia Silva

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Daniela Forero y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

A mi padre y a mi madre, por los libros.

Estoy aquí
en el mundo
en un lugar del mundo
esperando
esperando.
Ven
o no vengas
yo
me estoy aquí
esperando.

IDEA VILARIÑO
«Estoy aquí»

Pero
(y acá viene el final
y junto con el final puede venir
el sentido de todo esto)
nada de lo que pudo haber sido
va a ser porque
si fue
fue
y si no fue
también fue.
Todo fue
entonces
y todo pudo haber sido
entonces
y sin embargo
ya no es
ni va a volver a ser.
No sé.
¿O sí sé?
No
no sé.

MARIANO BLATT

«¿Y el perrito dónde está?»

I don't want eventual,
I want soon.
It's 5 a.m. It's noon.
It's dusk falling to dark.
I listen to music.
I eat up a few wild poems
while time creeps along
as though it's got all day.
This is what I have.
The dull hangover of waiting,
the blush of my heart on the damp grass,
the flower-faced moon.
A gull broods on the shore
where a moment ago there were two.
Softly my right hand fondles my left hand
as though it were you.

MARY OLIVER

«Little Crazy Love Song»

Qué frío. Quince minutos antes le decía adiós a una azafata polaca con un acento español prefabricado lleno de eses como ces y de des como tes, y hace dos horas estaba a diez grados más que ahora. Me perturba bastante todo ese rollo de cruzar el espacio en avión, de ir en sentido inverso a la rotación de la Tierra. Me parece antinatural, acariciar un gato a contrapelo. Primero estás en un sitio, te subes a un pedazo de metal hueco y enorme y, al poco, estás en otro. Así, magia. El tiempo y el espacio se hacen uno y nada pasa y pasa todo: en tu mente los recuerdos a ralentí, empujando hacia el pasado desde la nuca, eres un coche atascado en un barrizal y no hay dios que te arranque hacia el futuro, aunque empujes tú sola, aunque empujen contigo cuatro más; nada. Fuera de tu mente todo a cámara rápida, alguien le ha dado al botón de las dos flechas hacia la derecha y el mundo gira como loco hasta llegar a la siguiente canción.

Ahí, dentro de los aviones, pasa la vida y tú plin. Tú haciendo hueco con el culo dale que dale en el asiento a ver si cede y resoplando en una frecuencia de diez bufidos la hora porque estás harta de eso que no sabes qué, que no alcanzas a definir siquiera, que está dentro de ti y que ahí, dentro de los aviones, pica y si rascas se vuelve insoportable. Ahí, dentro de los aviones, tú pensando en el primer verano con manguitos en la playa, en el día de los ruedines al fin fuera de la bici, en el olor a humanidad de las tiendas de campaña, en el libro sin letras del ojo mágico como primer entrenamiento para que luego pudieses leer con los mismos ojos todas las letras de los

demás, en la infancia y en la única casa a la que has llamado casa, en los días ahí fuera en otras casas que no son la tuya, que quizá no lo lleguen a ser nunca incluso, en que a este paso, yendo como vas, tus propiedades serán pocas y la nostalgia se convertirá en una deuda. Ahí, dentro de los aviones, tú pensando en dónde fue que cometiste el error que te ha llevado hasta el ahora, recapitulando a ver si das con las coordenadas exactas y puedes dinamitarlas. No acertar con la ubicación te lleva a ojear el catálogo de colonias libres de impuestos, colonias de lujo en unos botecitos tan pequeños que parecen las piezas de un tocadiscos de juguete o pociones o venenos, y que venden solo ahí, ahí que es dentro de los aviones, como si ese «ahí» fuese un lugar fuera de tu planeta y por eso mismo también un misterio, y ese folletín satinado fuese lo único que mantiene tus manos ocupadas para que no te ahorquen viva. Y mientras allá, fuera de los aviones, al otro lado de esa ventana como de juguete, un tour a través de la mitad de los ríos, golfos y cabos que te obligaron a memorizar y a situar con precisión quirúrgica en el mapa en la primaria, esa retahíla interminable miñobroderotajoguardianaguadalquivirjúcarsegura en vivo y tú sin enterarte de nada haciendo playback otra vez. No llegaste a saber nunca, ni en la primaria ni ahora, dónde se encuentran exactamente los lugares por los que transitas.

Dentro de la hojalata como mucho te han dolido un poquitín los oídos, pero para eso es bueno abrir la boca y ya se te va, te lo dijo un día tu madre y tú obedeces. Y por obedecer siempre ahora eres tú esa gilipollas de la boca abierta a la que lo único que le preocupó con fuerza a lo largo del viaje es no haber podido usar el móvil en una hora y media. Menudo atraso, menuda retrasada. Y así un día más centrándote en los problemas que no lo son para opacar el tiempo. Y así de un sitio a otro. Y así siempre.

Le pago al taxista y salgo del coche. Fuera del taxi llueve con una furia familiar y me doy cuenta de que había olvidado ese precipitarse a plomo de los goterones, gordos como cochinos a principios de noviembre, al que estuve tan hecha en otro tiempo. Esa cadencia insólita que solo existe en algunas ciudades, un animal en extinción ya casi mítico. Intento esquivar como puedo los charcos, pero el tema se complica porque trato a la vez de taparme la cabeza con un pañuelo demasiado fino, de llevar al hombro un bolso lleno de algunas de mis pertenencias más preciadas y de un manojo infinito de folios sin orden, de no perder la cartera y de sostener con la poca delicadeza que puedo recaudar en este momento un ramo de flores gigantesco envuelto en diez capas de papel celofán.

Eso es lo único que odio de las floristerías. Podrían ser mi sitio favorito del mundo, un edén chiquitito, si no fuese por el puto papel celofán. Tres horas atrás entré en una con la intención de comprar el ramo más bonito y menos cursi que tuviesen. Nada de rosas, demasiado dramáticas; nada de crisantemos, no se me ha muerto nadie; nada de lirios, he leído en algún foro poco fiable que en este instante me parece la mismísima Biblia que son tóxicos para ciertos animales, y no quiero asesinar al perro de nadie porque un perro muerto es de las cosas que me dan más pena. Después de un rato de cavilaciones entre flores que parecen lámparas, que parecen genitales, que parecen payasitos, lindísimas todas con sus vestidos de gasa, y un par de estornudos por la alergia, la florista me ofreció —supongo que para despacharme y porque veía venir de lejos mi infinita indecisión— lo que ella misma denominó como un «variadito» y me lo dio. Miento, no me lo dio así sin más. Antes envolvió las flores en cien capas de papel celofán, les puso dos lazos, una pegatina dorada, dos mariquitas voladoras que se cortejan en plan bien,

manteniendo las distancias, un sobre de polvitos mágicos para que las flores no se mueran de aquí a que se jubile —no vaya a volver a pasarme por su tienda y a reclamarle que las flores se me han puesto pochadas, como flores que son, con la parsimonia que traigo de serie—, un poco de perfume (¿necesitan las flores perfume?) y una tarjetita «por si quisiera escribir algo». Yo solo entré en una floristería para comprar un ramo de flores y salí con un ramo de flores, diez metros de papel de regalo y la longitud de lazo suficiente como para liar una soga y colgarme. Y encima me piden treinta euros. No sé si son veinte de las flores y diez de lo demás, o si la tonelada de plásticos no reciclables son cortesía de la casa. Vamos, que no me aclaro. No entiendo por qué hacer regalos serios se vuelve tan forzado, por qué esa obstinación en convertir la adultez en algo incómodo que se nos ha metido entre ceja y ceja a todos, hasta a los floristas.

Al menos ya he llegado a mi destino y voy con todo el equipo. No tengo miedo, no tengo miedo, no tengo miedo. Cruzo las puertas automáticas y entro. El calor y el olor a desinfectante hacen que me sienta aún más empapada y que los vahos empiecen a desprenderse de mi cuerpo, el alma se me sale y es el halo que envuelve a los fantasmas; apostarí a que desde fuera dan ganas de tirarme los treinta euros del ramo en monedas de uno y hacer diana. Vale, no pasa nada. Voy primero al baño, me echo un poco de agua en los sobacos y ya está, más que presentable. Ahora es cuando me arrepiento de no haber comprado una de las colonias raquílicas del avión, y eso que me hubiese cabido en el ajuar que cargo al hombro, justo entre el ordenador portátil, la novela —esa novela, mi novela: un cuerpo mutilado y desmembrado en medio paquete de folios din A4 que fueron blanquísimos y ahora son de color hueso—, el paquete de chicles, las bolas de clínex usados y un par de mudas escogidas al azar. Quizá por eso las hacen tan

pequeñas, ¿no? Las colonias, digo. Tendría que haber manejado esta información hace una hora. Siempre mal, siempre tarde.

Tras viajar en una lata de tomate triturado de las que se abren con argolla, me he cruzado la Península de cabo a rabo con lo puesto con la intención única de llegar cuanto antes a este hospital. Hoy mi mejor amiga, esa junto a la que aprendí las vocales, hice la comunión y me cogí mi primera cogorza ha tenido un bebé. No tengo miedo, no tengo miedo, sí tengo miedo. Siento tanta felicidad y tanta angustia que creo que me voy a desmayar. Mira, al menos estoy en el mejor sitio para hacerlo.

10.15 H

Los pasillos son largos y sinuosos, plegados cien veces como una tripa, complicados en su recorrido como los estómagos con cuatro partes de las vacas. Los pasillos son largos y sinuosos y se dividen en mil direcciones tejiendo un hilorama geométrico e incomprensible, el plano en alzado de una ciudad entera que late y duerme. Los pasillos, de tan largos y sinuosos, marean. Arterias infinitas de un hormiguero a escala cien uno que se van afinando en su longitud hasta hacerse casi microscópicas y borrarse sobre un horizonte de gotelé, gemidos flojitos y suero fisiológico que cae gota a gota como en la tortura china. Todo alrededor blanquísimo, aséptico. Alrededor, todo vida y todo muerte. Y olor a desinfectante como un golpe de los de lágrimas en los ojos y sangre en la nariz. El mismo olor seco que nos da la bienvenida, un gusto que usted haya venido a sufrir aquí, al abrir los ojos la vez primera y al cerrarlos al final de lo que fuera que tocarse combatir en el camino. El origen del mundo entero y su fin último apestando en estos corredores liados como una madeja, en este laberinto de suelos que son espejos, alargados como ríos; suelos fregados con lejía que me devuelven mi propia mirada porque ando con la cabeza en horizontal y me rebota el gesto contra el cristal que piso. Un gesto, el mío, que dice que la meta está aún lejos. Una mirada, la mía, de vaso de agua que desborda. No quiero verlo. No quiero verla. La frente bien alta, venga, niña.

Al aterrizar en el aeropuerto y ver el tremendo temporal me di la enhorabuena y una palmadita en la espalda por mi decisión de haberme calzado las botas militares aunque me hagan parecer un local sin papel de calco para las multas, aunque todavía tenga que atarme los cordones dibujando las orejas de conejo que las maestras nos ayudaban a formar y a liar una sobre otra apretando el nudo final con los dedos regordetes y raquíuticos, con los piecillos balanceándose en el aire ida y vuelta con el vaivén de las bolas de péndulo sobre los escritorios de los notarios y con el culo descansando en las sillas diminutas de colores, azules, verdes, blancas, suaves siempre y nunca rojas, lacadas en tonos pastel que den tranquilidad al asunto de encerrar a los niños tan temprano y tantas horas en un aula de gomaespuma durante el parvulario. Ahora me quito la enhorabuena y la palmadita y toda la pompa del ritual de las orejas de conejo porque la decisión tenía letra pequeña y con cada pisada que doy me voy quedando pegada a este suelo casi transparente que me succiona hacia abajo y me devuelve propulsada hacia arriba cuando me despego de cada paso. Soy un muelle que camina y de las suelas me sale ruido de velcro; ruido de goma mojada que me hace real, que avisa de que llego, de que me fui de otra parte y vine a esta por un motivo único, de que estoy aquí aunque no quiera ser vista y aunque me desplace con el ras de las tiritas al arrancarse de la piel. Ruido de goma mojada que materializa en mi recuerdo la forma de campana de la ventosa negra y cuarteada con la que mi madre desatascaba el fregadero después de que mi hermano y yo hubiésemos tirado, en secreto los dos compinchados, los dos a una en las travesuras y en nada más, la mitad de la sopa de fideos de sobre que cenábamos cuando ella, tras una jornada de trabajo para matar bueyes, llegaba a casa y buscaba, con las manos hacia el cielo revolviendo las alacenas y pidiéndole a ese dios tirano que

reina ahí arriba que la salvase a ella y ya que estaba a nosotros, algo rápido de hacer y sin mucho lío para llenarnos los buches. Pienso en si mi madre se sentiría peor dándonos sopa de sobre en vez de una casera bien rica con sus dos horitas de cocción, o luego desatascando el fregadero. Qué mierda parir dos veces y que tus retoños se conviertan en alimañas. Ahora, además de empapada y en plena ebullición, también me siento culpable. Un fantasma empapado con botas de madero recién enviado al infierno que deja un reguero de agua de lluvia en su bajada al más allá porque ya nada le importa y si lo destierran al menos da gusto pensar que lo que manchas aquí van a tener que fregarlo otros. Estas manos mías no se manchan de lejía, no recogen la sangre de otros, no aprietan el desatascador ni alimentan otras bocas.

Entro en el primer aseo que me encuentro. Paradita técnica porque vengo meándome desde la otra punta del país. Otro recuerdo de la infancia se revuelve en mi mente. No lo detengo y en mi cabeza de repente mi padre el día que me dio aquella valiosa lección: nunca apoyes el culete en los lavabos públicos. Estábamos en unas piscinas municipales llenas de meados y de mocos de niños de todas las edades y yo, siempre digna, le di dos tironcitos a su bañador con cordel y cuadros vichí para ponerlo al tanto de que estaba a punto y con todo listo para hacer pis. De cría me educaron para que fuese incapaz de mearme en la piscina como los demás niños. Ahora me lo hubiera hecho sin dudar. El caso es que mi pobre padre, Manuel, como el San Manuel Bueno de Unamuno pero todavía más bueno buenísimo, lo dejó todo para que su niñita del alma mease cuanto antes. Para eso se hicieron los padres, por eso los padres son importantes. Porque un padre primerizo tiene miedo de que se le explote la vejiga a su hijo por haberse despistado medio minuto y de sentirse culpable de por vida manteniendo a un ser que mea a través de un tubito

que le sale del cuerpo. Los padres primerizos nos salvan, con sus agobios y ansiedades, de una vida que podría haber sido aún más incómoda de lo que es. Bien por ellos. Una vez en el baño de los vestuarios de aquel zoológico para animalillos pequeños con olor a cloro y a humanidad, yo me bajé el bañador y di un buen salto, con los dos pies levemente separados y apoyando las manos en la taza. Brinqué con todas mis fuerzas, supongo que mínimas en aquellos brazos de niña tan pequeños y sin muñeca y sin codo, todo carne blanda, para salvar la distancia que me separaba del agujero en el que debía hacerlo sin mear por fuera, sin manchar nada, sin desistir y hasta que salga todo que así no volvemos hasta que pase rato. Mi padre, como no podía ser de otro modo, se puso del revés y casi se le salen los órganos de dentro afuera cuando vio mi falta de miedo, la inocencia intacta que asusta a los que ya no son niños ahí delante de sus narices y él sin saber muy bien cómo ni muy bien qué soltó por la boca nunca te sientes en la taza, solo en el baño de casa, ¿vale?

Y yo sin entender la gravedad del asunto, los ojos y la boca abiertos como las oes mayúsculas, grandísimos. Yo, que aunque hubiese querido, no tenía la puntería suficiente como para mear dentro y no apoyarme. Pero mi padre de eso ya no se acordaba, ya no se acordaba mi padre de cuando él fue niño porque este mundo prefabricado está hecho para los adultos y solo ellos lo diseñan lo entienden lo imponen. Mi padre, no muy rápido pero sí resolutivo, al ver el percal me cogió por debajo de los muslos poniendo cada una de sus manos en cada una de mis piernas. Me elevó en el aire y me dobló por la mitad de un golpe, como el que se le daba en la palma a aquellos móviles de tapa, mientras me enfrentaba al inodoro. Mi padre me puso, sin saber lo que eso supondría con los años, en esa posición tan ruin en la que han puesto y siguen poniendo todos los padres de la historia a sus

hijas cuando se encuentran ante una emergencia urinaria en la vía pública. Lo he vivido y lo he visto, así que lo cuento porque me lo sé. La situación es la siguiente: la niña se mea, así que al cielo con ella dándole impulso desde debajo de los muslos, sentándola en una silla imaginaria que la deja sin movilidad, en volandas, todo el aire metiéndosele ahí, y a mear en un árbol porque si lo hacen los perros la cría también que la calle es de todos y un padre paga impuestos como el que más porque para eso se inventaron los padres; por eso los padres son importantes. Yo todavía recuerdo ese día en los baños de la piscina municipal y sé que ese trauma me lo llevaré conmigo a la tumba y abriré la tapa antes de la primera palada de tierra para decir hijos de puta los padres que les hacen a sus hijas eso de las vergüenzas en carne viva a la vista de quien pase por allí. Ese día, calladita, eso sí, educada para obedecer, hice pis mirando la boca monstruosa y sin fondo del inodoro pensando que peor que tener la raja al aire era escurrirme de los brazos de mi padre y colarme por aquel hueco profundísimo y acabar en las alcantarillas, y luego en el mar y luego no volver nunca a pisar tierra firme como pasa en los dibujos de la tele. Pavor, pero no me revolví mucho y ahí acabó la historia y chimpún y salimos airosos los dos. Aunque yo, claro, aún tenía algunas dudas y pregunté ¿en el de los abuelos puedo apoyarme? Y mi padre, con la gota de sudor en la frente y un problema menos, me lo dejó claro solo con decir sí, cariño, en el de los abuelos, sí.

Esos son los únicos dos baños en los que puedo sentarme confiada de no caerme al precipicio, de no enfermarme, de no acabar muriendo por haberme relajado; solo en esos dos porque un orden de un padre es un hierro candente con el que marca a los de su prole y la cicatriz, después del rojo vivo, cura pero nunca desaparece.

El recuerdo se borra bajo una meada rápida y espesa, espumosa como el mosto fresco. Salgo del cubículo con las piernas temblando y trato de no tocar mucho el pestillo al abrir la puerta porque en los pestillos de los baños públicos están las enfermedades todas reunidas esperando a que llegues tú y te las lleves. Este otro hierro candente vino empujado por la mano de mi madre y lo llevo marcado en la cacha como las terneras. Y yo hago caso porque las madres, como es obvio, también son importantes, pero eso ya lo sabe todo el mundo.

¿Soy yo la del espejo? Un perro mojado muy flaco y muy solo, lleva días sin comer y los huesos de la cara se le comban hacia adentro volviéndole el gesto hueco. No hay vida en la cara mojada de ese perro, no hay esperanza tampoco. Soy yo la del espejo. La del espejo, esa perra famélica, soy yo. Me lavo las manos sin mirarme mucho, bajando la vista como si estuviese muy arrepentida de algo que no he hecho pero que anticipo que acabaré haciendo. No te mires, el reflejo no es amable casi nunca cuando quien se mira está herido. Frente baja, niña. Por ahora es lo mejor.

Tiro el bolso al suelo y ahí van también las flores y el celofán empañado y opaco por el frío que pasó fuera y el calor que está pasando dentro, me quito el abrigo y lo apoyo donde puedo porque poco importa dónde apoyar un abrigo que ya está como una sopa —de sobre y sin fideos—. Me saco una manga del jersey y una manga de la camiseta, me saco la otra y la otra. Las dos prendas quedan alrededor de mi cuello en un julajop derretido que no tiene ganas de jugar. Abro el grifo apoyando todo mi peso en mi mano y toda mi mano en el botón y agua a un sobaquillo, agua al otro mientras dure el chorro y vuelta a empezar peso sobre mano y mano sobre grifo y agua a un sobaquillo, agua al otro. Y así un rato cuerpo sobre mano, mano sobre grifo, mano-sobaco-sobaco-mano en una cópula pasional pero extraña. Si entra

alguien a ver cómo se lo explico. Miro a un lado y a otro lado y la máquina del papel no tiene papel y el dispensador de jabón no tiene jabón así que me rindo aunque huelen como huelen los adolescentes cuando están enamorados y vuelvo a meter brazo por camiseta, brazo por jersey, brazo por camiseta, brazo por jersey, me pongo el abrigo de enterradora, negro y largo, que siempre da un aire más elegante, de mujer madura (ya me gustaría), cojo mis pertenencias —las piezas de una mudanza que uno de los cónyuges le impone al otro mientras va tirando por la ventana su ropa, sus libros, sus vinilos, las figuritas del salón y el otro espera abajo con los brazos hacia arriba y las palmas implorando al cielo, una madre buscando en la alacena la última sopa de sobre, como diciendo qué hostia pasa aquí, ¿no ves que la calle está llena? Me estás dejando en ridículo, ¿no ves que todos miran? No tires eso así de cualquier manera porque se va a romper— y me largo. Prueba superada.

Habitación 110. La chica de recepción, con la cara descompuesta de quien piensa esta se ha escapado de psiquiatría, me ha dicho que busque a mi amiga en la habitación 110. Estoy chorreando, ahora sudor y agua y uno se confunde con el otro y no se sabe bien si tengo frío o calor o si solo tengo un mal día.

Hoy, tres años después, regreso. Estoy de vuelta y voy a hacer mi aparición estelar con la cara hueca y los sobacos empapados de Camacho gritándole a su equipo con la voz muda por el jaleo y yo muy niña viendo atenta y comiendo ganchitos sin entender por qué los entrenadores de fútbol van en traje y no en chándal ni por qué no se borran algunas imágenes de la tele aunque sobre ellas se sobrepongan muchas otras. Habitación 107, habitación 108, habitación 109...

10.30 H

Una voz que reconocería en cualquier parte, un grito sincero que dice ¡no me creo que estés aquí!

Y entonces en mi mente un pitido, como cuando te das un golpe fuerte en la canilla y te empieza a saber la boca a hierro y se te despega el cerebro de las paredes del cráneo y no sabes si vas a desmayarte o a cagarte encima o a morirte y adiós. Pues yo así. Por no morirme ni cagarme encima ni darme media vuelta y adiós muy buenas abrazo a Marta y su pelo oscuro de limo me transporta directamente a los veranos en el pueblo. Al murmullo del agua fresca que llenaba el pilón de cemento armado forrado de verdín en el que nos bañábamos como dos nutrias contentas, una piscina olímpica de agua mineral en movimiento y su arrullo relajante, como el de los cristales de un móvil que baila al viento, que, nada más entrar por un lado, salía por otro a través de una cañería con el diámetro suficiente como para haber encajado nuestra calavera de niñas consiguiendo que el familiar que estuviese al mando ese día hubiese tenido que tratar de desencajarnos primero, llamar a los bomberos después, y luego, encima de comerse el susto, dar también explicaciones.

Me desabrazo por pura supervivencia, por no llorar porque llorar hace tiempo que no sé, y antes de decir nada más madera y un ¿cómo estás, Julia? ¡Sí que has crecido! Carmen, la madre de Marta, me mira como se mira un atropello: con un poco de asco, pero sin despegar la vista. Tengo treinta años, Carmen, claro que

he crecido. Lo pienso, pero no lo digo. A Carmen podría parecerle que he crecido aunque me cortasen las piernas por la rodilla y me echase a andar. Siempre que me ve, siempre siempre, determina que he crecido como poco un palmo, y, al menos antes, siempre siempre determinaba también que cada día estoy más guapa. Supongo que de lo segundo ya no voy tan sobrada porque no tiene nada que decir al respecto. No estaré yo más guapa, pero, según los cálculos a ojo de buen cubero de Carmen, debo de medir ya tres metros diez. Hay que conformarse.

Silencio luego. Nadie habla. Supongo que eso quiere decir que me toca a mí, que es mi turno para reafirmar mi presencia aquí otra vez; un fantasma recién llegado del mundo de los muertos para traer noticias, mensajero de malos augurios. Hace tres años que no veo sus caras y siento que el planeta entero se está derritiendo debajo de la piel de mi vientre. Ay, me moría de ganas de veros, ¿cómo estás?, no sé muy bien qué palabras gastar y voy a lo seguro.

Lo de que cómo está se lo digo a Marta porque lo más sensato es centrarme en ella, y es que Carmen siempre ha hecho uso de mucha más picardía y yo hoy estoy fuera de juego. Yo llevo ya unos años, tres por lo menos, sin jugar a lo mismo que el resto, y eso me ha oxidado las falanges de los dedos y no puedo separar unas cartas de las otras y tirar una mano ganadora. Menos mal que su hija no la ha heredado toda, menos que no maneja esa picardía tan pura de las mujeres de hace un tiempo que han pasado por algo más que las de ahora y conservan todavía la flexibilidad en todos los dedos y con ellos tienen tiempo de secar lágrimas, frotar nuca, tintarse las raíces y ganarte la partida a la brisca, o al chinchón o al gilipollas si les enseñas a jugar.

Una mujer de las de ahora habla, es Marta, que me cuenta detalles del parto y yo los paso todos por alto porque así lo pre-

fiero, porque vengo mareada de los pasillos largos y del desmayo a medias y no quiero revolverme más. Mientras oigo su voz a millas y millas de la mía pero como si la tuviese a la vez dentro, hago una revisión exhaustiva del cuarto y no encuentro ni rastro del humano a escala reducida por el que se ha formado todo este circo, el único ser diminuto que me ha hecho volver aunque otros mucho más grandes lo hubiesen intentado antes. Buenas noticias, aún no he gestionado bien el hecho de que tendré que ver a un recién nacido medio informe y, probablemente, escuchar que tiene la nariz de su padre y los ojos de su madre. Tiempo, tengo tiempo para pensar en cómo me las apañaré para no cogerlo en brazos durante la visita, mi principal objetivo y uno de los problemas más grandes que me he colgado al cuello desde que he entrado aquí entre los demás problemas que tintinean como medallas de hojalata.

Marta sigue con sus explicaciones y yo hago que la escucho y la cara se me pone aún más hueca al fingir que me interesa y que no soy un aborto enorme que no quiere coger en brazos al bebé de su mejor amiga, y ella sigue hablando y dice que la verdad es que está que no se lo cree, solo ha tenido a Martina en brazos una hora y ya es el amor de su vida.

Sonrío porque esa es la única respuesta correcta. Martina es la hija de Marta. Sí, lo sé. Sin comentarios. El nombre de Martina, como Manuela, Olivia, Maruja, Carmela, como esos nombres que solo eran propiedad de las señoras que iban en zapatillas a hacer la compra o se ponían una bolsa de supermercado en la cabeza cuando chispeaba, es ahora, como el estampado de leopardo o las extensiones, un puente entre todas las tribus urbanas y vale para las pobres y vale para las ricas y así parece que son todas iguales, pero no tal. Martina no es un mal nombre, eso sí que es verdad, pero si tu madre se llama Marta es una cruz que te

marcará para siempre, un dardito envenenado. Pasarás a ser una pequeña prolongación de ella misma, su versión en miniatura. Y, en serio, cuando Martina tenga quince años y experimente ese odio oscuro y atroz hacia su madre, esas ganas de reventarle la mandíbula contra la acera y de no volver a verla nunca porque es la que menos la entiende, la que menos la quiere, la que menos sabe de todas las cosas, no creo que esta idea de tener que quedar siempre en segundo plano le haga ninguna gracia. Pero no seré yo quien saque este tema porque quizá no sea el momento. Aún me quedan escrúpulos; pocos, pero algo hay.

No importa lo de los nombres porque mi amiga Marta es buena y la gente buena a veces también se equivoca. No importa tampoco que me desconozca y me anime a hacer cosas que no quiero: desarrugarme, preñarme, compartir. Poco importa también que no sepa que yo nunca voy a ser madre porque no me gustan las madres aunque sean importantes. No me gustaría convertirme en una de ellas porque no quiero volverme invisible, no quiero abrirme a la mitad y que la raja del coño me llegue al culo en una sonrisa larguísima y que luego tengan que cosérmela y borrarla para una vez que me río sincera. No quiero dejar de ser egoísta. Tampoco quiero dejar de ser mentirosa así que digo que por darle una amiga a Martina lo que sea.

Ahora que Marta se ha convertido en madre se me hace raro pensar que es la misma persona que montaba una coartada sin ningún cabo suelto que nos permitiese escaparnos de casa para irnos de botellón. La persona misma que se preocupaba de distribuir primero, metódicamente y en partes iguales antes de la huida, una botella de Larios de sus padres en dos botellines de plástico y de rellenar luego la botella de cristal de agua del grifo con la ayuda de una jeringuilla de cinco centímetros cúbicos para pinchazos intramusculares. Lo cierto es que Carmen, la

madre de Marta, es enfermera, así que teníamos la mitad del trabajo hecho: las herramientas necesarias para no dejar huellas estaban en los cajones de la cocina, en las mesillas de noche, en neceseres olvidados en el cuarto de baño; era imposible fallar. Además, los sábados por la mañana veíamos muchos documentales de crímenes y asesinos ambientados en los Estados Unidos y sabíamos movernos como pez en el agua en eso del robo con premeditación y alevosía y el incumplimiento del Código Penal. No dejábamos rastro.

Marta y Carmen se ríen altísimo y ya está formada. La primera lanza un consejo para que yo oiga: cuando te toque ponte la epidural, te lo digo, a mí ayer si no me dicen que ya tengo la niña fuera ni me entero; la segunda contesta, porque una madre puede echarle la bronca a una hija hasta el día que pare a otra hija nueva, y le dice que no diga tonterías, que enterar te enteras, te enteras aunque no quieras enterarte porque empieza a oler a mierda que no veas y el olor te resulta familiar y entonces está claro que además de la niña salieron por ahí más cosas. Y yo me río también porque cuando dos de las tuyas se están estropeando de la risa es complicado resistirse y, además, no hay motivo por el que hacerlo, y más si hablan de cagarse encima después de sacarse una vida de dentro, de lo feo que es en realidad todo lo que llevamos generaciones y generaciones y más generaciones intentando pintar de bonito.

Así ha sido siempre: Marta se ríe primero porque Carmen le enseñó a reírse desde niña y ya en el colegio con la risa levantaba de la tumba a los rebeldes. Ya en el colegio la admiraba tanto y le tenía tanta rabia al mismo tiempo que un magnetismo potente e invisible me impedía despegarme de su lado. Yo sacaba buenas notas y ella no hacía los deberes porque se pasaba la tarde viendo *Sailor Moon* y *Dragon Ball* en la tele, gritándole a la pantalla,

dejando las migas del bollo de la merienda en el sofá y en la alfombra. Toda ella siendo irreverente desde despertarse hasta acostarse y vuelta a empezar; toda ella riendo altísimo, comiendo mal, diciendo tacos antes de saberse las capitales de Europa. Y toda yo, evidentemente, muerta de envidia desde el tedio del conservatorio y el ballet y el *workbook*. Toda yo muerta de envidia desde mi docilidad aprendida, desde la sumisión total de las niñas dentro del corsé de las niñas. Todas las primeras veces las vivimos juntas y, si no estábamos juntas físicamente porque no era físicamente posible, cogíamos el teléfono fijo y nos las contábamos antes de que alguna de nuestras madres cortase la línea tirando del enchufe hasta arrancarlo de la pared mientras nos dejaba claro que no teníamos acciones en Telefónica y en Fenosa tampoco. Marta es una parte inconmensurable de mi mundo, de mi historia y de mis recuerdos. En términos temporales y biológicos todo lo que diga es poco, pero sí digo que tendría que volver a nacer para conocer a otra persona como ella; volver a nacer y todo desde el principio de nuevo y mejor hecho para no dejar que llegue este ahora en el que ya no vivo primeras veces ni robo ginebra barata ni me pudro en el do-re-mi-fa-sol-la-si-do. Ahora las cosas no son tan simples ni tan efervescentes. Qué pena no haberlas disfrutado más cuando todavía lo eran.

Yo me fui y ella se quedó. Y nuestras vidas cambiaron y al río que éramos le nacieron dos afluentes y cada una en una barca una pa un lado y otra pal otro. La desembocadura nunca llegó a ser la misma, nunca hasta hoy.

Dos palmaditas de Carmen en el hombro a Marta, un yo me voy por algo de comida, que la que dan aquí es un asco y tienes que coger fuerzas después de la cagada y, contenta como la que más, Carmen enfila la puerta de la habitación y hace un parón a medio camino para darme un beso de tornillo en la mejilla con

todas las ganas y que lo escuchen en la habitación de al lado y en la siguiente y rabien los enfermos y los moribundos y las parturientas con tanto amor. Un me alegro de que hayas venido después del ruido del beso y luego un ya me voy, aquí os dejo para que os contéis vuestras cosas. Carmen cree que aún tenemos trece años y secretos de chicos. Ojalá tuviese razón.

Me fijo en Marta, el pelo bufado, los labios morados y los ojos llorosos y eso que con la epidural se supone que no es tan malo. La sigo admirando tanto como en la escuela. La ventana a su espalda deja pasar la luz de la mañana que, mezclada con la niebla y los nubarrones, crea un claroscuro y le marca unas arrugas temblorosas en la frente. Unas arrugas como las que haría un niño con un rastrillo de playa sobre la arena seca que me obligan a pensar en que el tiempo pasa y no se detiene y en que sí que hemos crecido bastante. Hemos crecido bastante pero ante mí está la amiga de siempre y en su cara de recién parida que dice que no duele y que no pasa nada aunque acabe de hacer algo grandísimo solo encuentro la belleza. La belleza frágil de quien se sobrepone a lo que venga aunque eso que viene le salga de las entrañas y dé miedo y dé asco, y por esa valentía aún más bella. Si me dicen que esa cara de madre que veo acaba de pintarla Caravaggio y que están esperando a que se seque para colgarla, yo me lo creo porque este es un fotograma para dejar reposar en un cuadro, un instante que parece eterno pero que podría derrumbarse como un edificio sobre su base con solo chasquear los dedos.

Chas y se cayó.